

POESÍA DEL CIELO



PRELIMINAR



## PRELIMINAR

En los aires que hienden  
las cruces de las torres de los templos;  
en la altiva región donde refulgen  
las nieves de los picos gigantescos,  
empieza la región que todo, todo,  
lo abarca luego, luego...



Mas allá del espacio  
despliega su amplitud el Universo.  
Mas allá, resplandece  
con luz del Cielo...  
la gloria del Señor.



Volad, volad, mis cantos,  
de Sol en Sol. Mis versos  
á la mayor excelsitud aspiren,  
como en nubes de incienso...



## MUNDOS Y MUNDOS



## MUNDOS Y MUNDOS

¡Oh, Sol, ¡oh, Padre Sol! ¡Principio y causa  
de la existencia terrenal! ¡Oh, foco  
rutilante, magnífico, de fuerza,  
de calor y de luz! ¡Ah, reyezuelo  
de tribu de planetas, parte breve,  
breve y fugaz, del Universo todo,  
que en espacio infinito se dilata  
y en un tiempo infinito, renovando,  
sobre apariencias tristes y engañosas,  
de trastorno y de muerte, las eternas  
formas, universales, de la Vida! . . .  
¡Cómo te admiro, padre Sol!  
¡Oh, luna;  
dulce y serena, y blanca, sigilosa,

cándida luna, que al través del cielo  
solitaria prosigues tu camino;  
bien, ante el hombre, cual bajel de plata,  
que entre las ondas de su luz navega;  
bien como rosa de encendida nieve;  
bien, tétrica, menguante, con reflejos  
de funerales luces! . . . Vaga, triste,  
pálida, leve luna, ¡yo te adoro!  
Mas, ora, no lucís ante mi vista.  
Ora es la noche, en apacible tiempo  
de nueva luna; sosegada noche  
de un Otoño feliz; pródigo en frutos  
y en nieblas caprichosas. Mansa brisa  
mueve, lenta, los álamos del soto,  
que allá lejos, muy lejos, interrumpen  
con densa masa, de movibles sombras,  
la vaga paz del horizonte vago,  
y llega á mí después, con blando soplo,  
llena de aroma penetrante, henchida  
de un deleitoso y trémulo murmullo.  
El habla, nada más, en torno mío.

El habla, nada más, en este grave  
silencio de la noche. Paz augusta  
de los aires descende, y al influjo  
de su tranquilo y bienhechor halago,  
como flor á la luz, ábrese el alma . . .

¡Ábrese el alma, y en el cielo fija  
los extáticos ojos, largamente!

¡Oh, libro de los cielos, en que el hombre  
jamás termina su febril lectura!

¡Oh, cánticos de gloria, de homenaje,  
para su Dios, mi Dios, esos que escriben,  
temblando de placer; esos que cantan,  
en los célicos ámbitos, millones  
de estrellas á la par! ¡Todo es un himno  
de amor, en la amplitud del Universo!

¡Toda luz es amor! ¡Amor la enciende!

Todo amor, toda luz, son testimonios  
de la ley de los mundos: ¡la Harmonía!

Como ramo de flores celestiales,  
primorosas y blancas, resplandece  
cada constelación. Allá en el Norte,

las ruedas giran del soberbio *Carro*;  
brilla el *Dragón*, con portentosos fuegos,  
inclinando á Poniente sus estrellas,  
—régia sarta de trémulos diamantes,—  
y aspirando al cenit avanza el *Cisne*.

*Casiopëa*, magnífica, despliega  
su rosario de soles. En *Andrómeda*  
lucen los suyos como faros fijos,  
en mares tenebrosos. Confinando  
con el ancho horizonte, del *Boyero*  
los astros hermosísimos esplenden,  
y *Arturo* se destaca, vanidoso  
de su rico fulgor, con el imperio  
de gallardo Sultán, entre su Corte.

Culto gentil, y adoración, requieren  
*Capricornio*, *Pegaso*, y *La Ballena*,  
y *El Águila* y *Persëo*... Y como banda  
de resplandores tímidos, que cruza  
desde el confín distante del Nordeste  
al opuesto confín,—cual si tendiera  
sobre el manto de sombras de la Noche,

sembrado de luceros, un encaje  
de leve luz, de bruma luminosa,—  
marca la ruta del Apóstol Santo  
la leve, *láctea*, misteriosa *vía*...  
Más allá, más allá, sobre los ojos  
del Hombre desvalido, que procura  
tanta grandeza descubrir, en vano;  
más allá del espacio donde apunta  
la luz del Sol en términos de Oriente;  
más allá de los términos remotos  
donde su luz declina para el Hombre;  
do quiera, por do quiera...; sojuzgados  
á las leyes de Dios; en infinito  
número prodigioso, que anonada,  
brillan soles, más soles, nuevos soles,  
dando luz á sus hijos, los planetas,  
que giran á su vez, entre los suyos,  
los humildes satélites... ¡El hálito  
de la Vida total, el sumo aliento  
de Dios, el Sumo Dios, alienta en todos!

¡Lumbre de Dios en todos resplandece!  
 ¡Los ángeles pasaron por los cielos,  
 pasan y pasarán, siglos y siglos,  
 encendiendo las luces de los astros,  
 con chispas de las luces de la Gloria!



¡Y allá van los cometas! ¡Incansables,  
 rapidísimos van! Exploradores  
 del infinito, sin descanso marchan.

El mismo afán que los impulsa y guía  
 los consume por fin, y los deshace;  
 tal como el hombre mírase gastado,  
 consumido por fin, si le devora  
 con ansias insistentes el anhelo.

¡Y allá van! ¡Allá van! ¡Las anchas testas  
 coronadas de vivos resplandores!

¡Allá van! Arrastrando, como reyes,  
 el manto luminoso de sus colas...



¡Oh libro de los cielos, en que el hombre  
 jamás termina su febril lectura!

¡Oh, Dios, mi Dios! Y ante grandezas tales,  
 ante el gozo sin fin del Universo,  
 que con risas de luz, en Soles tantos,  
 eternamente complacido, ríe,  
 ¿será que el hombre, desolado, nunca  
 descubrirá el Misterio que le envuelve,  
 ni abarcará la vida que le cerca?

Entre las garras del dolor, en vano  
 lucha contra su mal; ave medrosa  
 que se siente morir entre las garras  
 de acero del halcón... Pasan los siglos,  
 y á través de los siglos suena y vibra  
 la voz del Hombre, vana y lastimosa,  
 como lamento de infeliz esclavo...

Pasan los siglos, pasan las edades,  
 sin que ceda el Dolor... ¡Dios de los cielos:  
 vuelve á tus hijos tus amantes ojos!

Á Tí clamamos, en angustias hondas;

á Tí clamamos, en perennes dudas,  
 y en mares zozobramos de tinieblas.  
 ¡Venga á nosotros Tu divino Reino!  
 ¡Llegue á nosotros la Verdad, con rayos  
 de intensa luz, que al réprobo confundan!  
 ¡Cese al fin el silencio de la Esfinge!  
 ¡Danos al fin la clave del Enigma!  
 ¡Danos al fin las mieles de Tu Gracia!



Mas, ¿qué digo, Señor? ¿Porqué mis voces,  
 sin que en el punto de que suenen callen,  
 osan llegar á Tí, soliviantadas  
 por tanta negra, miserable duda?

¡Dios eterno, perdón! Pues Tú me diste  
 la vida que me alienta; pues concibo  
 tu grandeza por Tí; pues gozo, al cabo,  
 de la belleza universal, por obra  
 de tu magno poder; pues me otorgaste,

como regalo de Tu gracia suma,  
 la noble facultad del pensamiento  
 y el don de la palabra generosa,  
 ¿cómo dudar de Tí? ¡Delirio fuera!  
 ¿Cómo dudara el pensamiento mío  
 de Tu bondad, excelsa y providente,  
 si no es más que reflejo deleznable  
 del Sumo Pensamiento, que te anima?



¡Suenen más bien mis voces como en himnos  
 de alabanza y de amor! A Tí me entrego,  
 ¡Dios de mis padres!, ¡Dios de mis hermanos!,  
 ¡Dios de mis hijos!, ¡Dios omnipotente!,  
 ¡con transportes de amor! Aquí se humilla  
 mi ser, mi pobre ser; caigo de hinojos,  
 ante los claros, infinitos cielos,  
 en los que esplende, con la luz sublime  
 de millones de mundos, Tu grandeza.

Y al aire sosegado de la noche,  
que pasa por los campos, y me halaga  
con ternura de trémula caricia,  
la voz se acoge de mi fe, y exclamo:  
¡Dios de mis padres! ¡Dios omnipotente!  
¡Sol de la Ciencia! ¡Sol de la Poesía!  
¡Fuente inexhausta! ¡Manantial eterno  
de la Bondad y del Amor! ¡Dios mío!  
¡Dure, por Tí, la vida que me alienta!  
¡Vibre, por Tí, la voz con que te invoco!  
¡Por Tí, no más, y para Tí, perduren!  
Desligado, por Tí, del mundo vano,  
del mal estéril, del voraz deseo,  
del hombre vil, de sus infames dudas...  
¡en Tí, no más, y en Tu grandeza Creol!



LA LUNA DE DÍA



## LA LUNA DE DÍA

Canten otros, cual canté,  
lleno de amor y de fe,  
su luz en noche serena;  
celebren, cual celebré,  
sus gracias de Luna llena,  
cuando, sin nube importuna  
que sus encantos esconda,  
refulge, — ¡mágica Luna!, —  
tan límpida, tan redonda;  
vertiendo sus luces bellas;  
mostrando su régio porte;  
soberana de una Corte  
de luceros y de estrellas.

Bien proclamen la hermosura  
de su fulgor nacarado,  
si en noche que mal augura  
va rompiendo la negrura  
del pavoroso nublado...



Bien la acusen por altiva.  
Bien la ensalcen,— dulce, clara;  
cual si con la pena viva  
del hombre simpatizara,—  
por la expresión de su cara  
compasiva...

Pues en la tarde la veo,  
desde términos de Oriente,  
seguir su triunfal paseo  
cerca del sol, frente á frente;  
seducido  
por sus flamantes encantos,

—con que los otros olvido  
que son tan bellos y tantos,—  
no cantaré la poesía  
de su nocturna belleza;  
no cantaré su tristeza,  
que es toda melancolía...  
Canto ya por su alegría;  
por que su bien me confíe...  
Canto á la luna de día.  
Canto á la luna que ríe.



Soñando bien, sin testigo,  
—¡blanca Luna!,— y al abrigo  
de mis hermosas montañas,  
mis ojos fijos requieres,  
é imágenes me sugieres,  
si no precisas, extrañas;

mientras vas por tu palacio,  
sin que se miren tus huellas;  
por las salas del espacio  
sin luceros, sin estrellas...



A veces, — sí, ¡cuántas veces!, —  
me pareces  
concha de nácar pulida,  
que, por prodigio, te meces,  
en los aires suspendida;  
jirón de rizada bruma,  
que en sí mismo se concentra,  
por que en sí mismo no encuentra  
más gala con que presumas;  
cándido vellón, de pluma,  
que hechiza por su reposo;  
escudo maravilloso,  
grácil, ¡cuán grácil!, ¡de espumas!

roto pedazo de encaje,  
si muestra de rico traje,  
reliquia de régia veste,  
colocado,  
destacado,  
por un capricho del Hado,  
sobre el aire, tan celeste;  
púdica rosa de plata,  
que, cual rosa, maravilla;  
tan buena, que no recata  
la hermosura con que brilla;  
ala sutil, primorosa,  
con tintas color de rosa,  
de algún cisne celestial;  
ala caprichosa, breve,  
con tersuras de cristal  
y con reflejos de nieve;  
¡símbolo de la Fortuna  
que bien quisiera por mía!.  
¡Tal te miro, blanca Luna,  
destacada por el Día!



Tal te miro,  
tal me inspiras, tal te admiro;  
por los espacios azules;  
flor de brillantes jardines,  
¡¡con el primor de los tules  
y el matiz de los jazmines!!

Ora no vés, confundidas,  
sobre la lejana Tierra,  
las llanuras extendidas  
y las cumbres de la sierra,  
por razón de la igualdad  
que las presten las penumbras,  
en la triste obscuridad  
que sólo á medias alumbras...



Ora nos vés sin que llores.  
Ora no vés nuestro mundo  
como un valle, ¡cuán profundo!,  
de miserias y dolores;  
centro de todo quebranto,  
reino del mal infecundo,  
negra mansión del espanto.



Quizá, por eso, no tienes  
para el hombre, — ¡luna mía!, —  
tan honda melancolía,  
ni tan altivos desdenes...  
Quizá, por eso, te avienes  
á mostrarnos tu alegría.



Porque, á través del ensueño  
de tu vivir encantado,  
ves nuestro mundo risueño:  
por el sol, iluminado;  
con que, al mirarle, te llenas  
de sus mismos alborozos,  
y cual de noche sus penas  
sientes y gozas sus gozos...  
Sus gozos, en un ambiente  
que tu verás de arbol,  
cuán bello; resplandeciente  
bajo los rayos del sol...



Serán de ver, —mientras dura  
tan feliz tu leve giro, —  
desde tu espléndida altura,  
la mar color de zafiro,  
y á la vez las tierras todas,  
tan alegres, tan doradas,  
¡más que doncellas, prendadas  
de sí mismas, en sus bodas!



Serán de ver, tan de lejos,  
cumbres, y llanos, y ríos,  
y en su prisión de bajíos,  
con resplandores de espejos,  
será de ver, un instante,  
la mar azul, tan radiante,  
que rompe al Sol sus reflejos,  
¡con la fuerza del brillante!



Bien se comprende tu encanto;  
bien me explico tu alegría,  
cuando esplendes, sobre el manto  
de los cielos, con el Día...  
Bien, que tu casta blancura  
guarde su quietud de nieve,  
puesto que nada conmueve  
tu sosegada ventura...  
Bien que, entonces pases, gires...,  
con la luz que te hermosea,

sin que nostalgias inspires;  
¡que tan hermosa te mires!;  
¡que tan alegre te vea!



Dios te bendiga, lozana  
leve luna, tan galana;  
tan sin penas, tan sin duelos;  
sobre el vergel castellano;  
bellísima Soberana;  
Soberana de los cielos,  
con el Sol por Soberano...!  
Dios te guarde, como emblema  
singular de la Alegría;  
casta Musa de un poema,  
todo paz, todo poesía...;  
blanca luna, ¡luna mía!  
luna de nieve y de rosa;  
cuando luces más hermosa;  
¡cuando reinas con el Día!



## LOS VUELOS DEL HOMBRE